La “contemplación en relación”

RETIRO DEL GRUPO COMPAÑEROS DE JESÚS---9 Y 10-IV-2016

**SANTA MARÍA DE LAS ESCALONIAS** Hornachuelos (Córdoba)

La ascética cristiana no es un esfuerzo dedicado a la propia cirugía estética, sino una capacitación para descubrir la insospechada riqueza y el tesoro escondido que puede caber en las relaciones humanas.

**Jn. 4, 1-42:** Encuentro de Jesús con la Samaritana En la amistad el gesto más “pobre” y más sencillo abre un trasfondo inmenso de unión.

Pero la base de partida se encuentra en uno mismo. Mounier nos recuerda que *“la persona es a la vez individuo y comunidad como dos vertientes de una misma realidad”*

Una vertiente incide en la otra para una relación humana positiva de crecimiento y desarrollo personal y el cristiano puede llegar a experimentar *“bajo la atracción del Cristo en vías de consumación”* (Teillard de Chardin)



La “contemplación en relación” necesita ratos y horas de soledad y contemplación personal, lo cual debe ser en buena medida una escucha y una preparación para esa otra contemplación más difícil y que no brota espontáneamente. *“Adorar a Dios se convierte en ayudar a Dios y ayudar al hermano se convierte en adorar a Dios*”

**Lc. 8, 4-15**: El sembrador y el campo de la siembra

**Mt.13, 44-46**: El tesoro escondido y la perla preciosa

**Lc. 19, 1-10**: Conversión de Zaqueo

**Lc. 10, 25-37**: El buen samaritano

**El aprendizaje del amor nos obliga también al rigor y al análisis. El amor implica una donación personal y la persona es más que voluntad y sentimiento, es también inteligencia y capacidad de captar lo real.**

**Pasión y rigor dan lo mejor de sí cuando están hermanados, pero pueden correr graves riesgos si están divorciados**. *”Nadie me quita la vida, la doy voluntariamente”* **(Jn.10, 18)** afirma de sí Jesús de Nazaret

**Una forma de mirar la realidad:**

Salmo **138**; “Señor, tú me sondeas y conoces…

**Ef. 1, 3-10**

1. Todas las cosas están y subsisten en Dios y por eso no pueden abarcarlo. Esta afirmación ¿A dónde te lleva? *“Lo último que ve el pez es el agua”*
2. Dios está en todas las cosas, aún en las más pequeñas. Por eso puede convertirse en un interlocutor privilegiado para los seres personales. Sobre Dios afirma San Ignacio de Loyola: *“Lo más grande no puede abarcarlo y puede caber en lo más pequeño”*

Este es un camino mucho más difícil que el de la religiosidad general y el cristiano no puede dispensarse de lo que Jesús llamaba <<la puerta estrecha>>

**¿Dónde nos ubicamos?**



**Hech. 17, 24-29*:*** *“El Dios que hizo el mundo y todo cuanto hay en él, que es Señor de cielo y tierra, no habita en santuarios formados por manos de hombres; ni es servido por manos humanas, como si de algo estuviera necesitado, el que a todos da la vida; el aliento y todas las cosas. Él creo, de un solo principio, todo el linaje humano, para que habitase sobre toda la faz de la tierra fijando los tiempos determinados y los límites del lugar donde habían de habitar, con el fin de que buscasen la divinidad, para ver si a tientas la buscaban y la hallaban; por más que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros;* ***pues en él vivimos, nos movemos y existimos, como ha dicho alguno de vosotros: Porque somos también de su linaje”***



**Rom. 8,28**: *“Por lo demás, sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman, de aquellos que han sido llamados según su designio”*

Esta “transformación cristiana” debe afectar nuestro modo de enfocar las relaciones humanas, precisamente porque es una revelación que choca con la más elemental de nuestras experiencias: **La gran dificultad y ardua tarea que son muchas veces las relaciones humanas.** Hoy quizá vivimos una época histórica de particular deterioro de las relaciones humanas, y de constantes desavenencias en todos los campos:

* Crecen los racismos y nacionalismos excluyentes
* Crecen las diferencias de clases
* Las culturas prefieren chocar en vez de encontrarse
* Fracasan las parejas y aumenta la violencia de género
* Los partidos políticos prefieren mirarse como totalidades y no como “partidos”
* El autismo cultural que respiremos nos induce a mirar a los demás como meros objetos o estímulos, pero no como sujetos de dignidad absoluta

**Contemplativos en la relación: Actitudes de fondo:**

**Respeto:** En primer lugar, el profundo respeto que debe inspirarnos la sacralidad de la persona, como un modo de apertura a los demás, que englobe todas nuestras reacciones posteriores. **(Col. 3,12-17). Atención al rostro del otro**

**Acogida:** La sonrisa es el rostro de la acogida y expresión de un encuentro humano. El encuentro con cada persona que nos sobreviene a lo largo del día, es encuentro con Cristo.

Una sonrisa cálida puede cambiarnos y cuando estamos de buen humor sacamos lo mejor de nosotros mismos ante los demás.

**Igualdad fraterna:** (**Flp. 2,3-4**) Respeto profundo, sonrisa acogedora y fraternidad igualitaria deberían componer la página inicial de nuestra apertura a la relación interhumana. Esta actitud global, habrá de modelarse y tejerse de modos muy diversos según la inacabable variedad de personas, psicologías y situaciones, y de acuerdo con lo dicho anteriormente sobre la necesidad del análisis y la inteligencia, también para el amor.

**Capacidad de escucha:** Ahora se trata de la capacidad de escuchar *a aquel que nos desarma*, que rompe nuestras seguridades. **¿Cuándo puede suceder esto último?**

Cuando la escucha parezca un atentado a nuestra seguridad, y el miedo nos haga cerrar los oídos ante toda posibilidad de prestar atención.

Nuestra necesidad de seguridad es una de las mayores tentaciones de la fe que la convierten en pura superstición o en fundamentalismo. *“La fe cristiana consiste en hallar la seguridad allí donde no puede verse la seguridad”* (R. Bultmann).

Hay personas, o etapas de la vida, en que la necesidad de seguridad puede ser tal, que sacrificamos a ella nuestra inteligencia, nuestra capacidad de raciocinio y nuestra capacidad de escucha.

Ante lo que pueda amenazarnos tenemos respuestas prefabricadas de manual, o de catecismo, que proferimos rápidamente sin haber llegado a comprender al otro.

En el campo católico se dan también (y a veces entre obispos) fundamentalismos dolorosos que sacrifican toda la comprensión del mundo que les envuelve, al ídolo de su propia seguridad. Por esa idolatría, el fundamentalismo lleva a la secta o al gueto, o a la violencia agresiva que busca eliminar al otro.

**Uno de los más difíciles y más valiosos capitales humanos:**

***La capacidad de conjugar la máxima fidelidad a las propias convicciones con la máxima capacidad de acogida de lo distinto y de igualdad fraterna***

Respeto profundo, sonrisa acogedora y fraternidad igualitaria deberían componer la página inicial de nuestra apertura a la relación interhumana. Una entrada plenamente cristiana y plenamente humana. Esa actitud global, habrá de modelarse y tejerse después de modos muy diversos según la inacabable variedad de personas, psicologías y situaciones, y de acuerdo con lo dicho antes sobre la necesidad del análisis y la inteligencia, también para el amor. Porque abordar contemplativamente nuestras relaciones humanas implica una doble convicción: la profunda inmanencia de Dios en su Trascendencia, pero también la autonomía de la realidad, que pide a estas actitudes globales una “inculturación” en cada persona particular y en cada relación concreta. Porque lo que existe no son hombres ni personas en general, sino Fulano y Mengana en particular. Y así, habrá personas a las que una sonrisa pueda desarmar y predisponer para una buena relación; pero hay otras (o hay momentos en la vida de una persona) hoscamente malhumoradas, a las que una sonrisa puede irritar más y quizá nos devolverán una mirada crítica y despectiva de nuestra simpleza.



**Variedad de personas**

**j**

**«Con vosotros está y no le conocéis». Las víctimas**

El texto entrecomillado lo cantaban hace tiempo los cristianos, y es una pena muy significativa que ese canto haya pasado a un segundo plano en nuestras liturgias. En él se nos describe una actitud contemplativa ante el colectivo que son las víctimas del sistema humano: ver en ellas a Cristo que «clama por la boca del hambriento» o del que «está preso, está enfermo, está desnudo». Sentir y escuchar el clamor de Dios en ellos. Invirtiendo la revelación inicial del primer relato bíblico («he oído el clamor de mi pueblo y voy a bajar a liberarlo»: Ex 3,7.8), ahora se nos

pide a nosotros que oigamos el clamor de nuestro Dios y nos aprestemos a liberarlo. Esa inversión es fruto de toda la obra de Dios en la historia, con la «recapitulación de todas las cosas en Cristo que es Su Palabra» (Ef 1,14), y con el «envío de Su Espíritu sobre toda carne» (Hchs 2,17). Por ella, cuando Ignacio Ellacuría percibe a las masas maltratadas de El Salvador como la personificación actual del Siervo de Yahvé (de Isaías 53), o cuando las define como «pueblo crucificado», o cuando la asamblea episcopal de Puebla habla de «rostros de Cristo» para designar a una variada lista de víctimas de nuestra sociedad (mujeres, jóvenes en paro, inmigrantes…), nos están proponiendo una verdadera actitud contemplativa en nuestro modo de relacionarnos con ellos.

La fuerza contemplativa, y el valor del canto citado, se intensifican y se radicalizan cuando esos abstractos cobran rostro concreto y nombre individual: cuando dejan de ser “el” pobre o “el” parado, y pasan a ser Fulano o Mengana.

¿Qué ver, y cómo, en cada cuál? Analicemos algunos ejemplos.

 **Los enfermos** Jn 9,3: «Ni éste pecó ni sus padres»

Una mirada auténticamente contemplativa me llevará a fijarme más en el daño real del enfermo que en posibles defectos suyos que me liberarían de responder a su dolor. Ante los enfermos debemos eliminar todo juicio

**Relaciones gratificantes** ¿qué he hecho yo para merecer esto?

Si hay algún tópico cargado de verdad es que toda la felicidad que cabe en este mundo radica en unas relaciones humanas de calidad, acompañantes y unificadoras. Precisamente por eso, en nuestra obsesión por conquistar esa meta, las personas tendemos a matar «la gallina de los huevos de oro», y podemos volvernos egoístas y estropear la relación

 Parece obligado evocar aquí el misterio de la atracción sexual con todo lo que tiene de experiencia de alteridad, de promesa y sorpresa (cf. Gén 2,23ss). Vivirla así genera a la vez respeto, asombro y sensación de indignidad. Y hablo de la atracción sexual global, no meramente de la atracción corporal (distinta aunque casi inseparable de la otra) la cual puede llevar a una reducción genital de la sexualidad y, por su carácter pulsional, puede volver opaca la sexualidad y convertir la comunión en posesión, la alteridad en dominio y el misterio de la alteridad en objeto de consumo. Lo gratificante de esa atracción quizá reside en que es pálido esbozo del mismo Dios cuyo ser es darse (Padre), perderse en esa entrega (Palabra) y recuperar su ser plenificado en ella (Espíritu).

**Las ofensas Jn 18,22**: «¿Por qué me hieres?>>

Todos soportamos en la vida momentos o experiencias de humillación o mal trato. No siempre es posible calibrar en ellos el grado verdadero de ofensa. Y todos tendemos a juzgar la intención del otro por la reacción que provoca en mí. Semejante juicio es equivocado en la mayoría de los casos. Por eso, muchos maestros de la vida interior recomiendan el camino de no responder a la desautorización sufrida, y no pensar que, cuando respondo, lo hago “sólo por defender la verdad” y no por dejarme a mí en buen lugar. A la larga, muchos han experimentado que, de esa actitud de no vindicar, acaba brotando una paz que resulta aceptadora del otro y puede remitirnos al último misterio de un Dios semper maior (siempre más grande).

**Los malos** «¿Cómo cantar el cántico del Señor en tierra extraña?» (Salmo 137,4).

A pesar de cuanto llevamos dicho, los malvados existen; la maldad es como una amenaza “genética” que nos afecta a todos. Y, en algún momento de nuestras vidas podemos tropezarnos con los grandes sinvergüenzas que pueblan el planeta o, al menos, con sus obras. Éste es el punto en que resulta más imposible dar juicios generales, porque ocurre como ante el cáncer: hay que dilucidar en cada caso si son sólo células neoplásicas, si es ya un tumor maligno, de qué tamaño y gravedad, si afecta o no a los ganglios, si hay otras metástasis… Me limitaré a exponer sólo el proceso ideal, evocando la escena de Zaqueo que narra Lucas: un perfecto canalla que se ha hecho riquísimo y que se beneficia de una estructura piramidal gracias a la cual las iras que debe desatar caen más sobre sus subordinados que sobre él. ¿No es un paradigma repetido infinidad de veces en la historia humana? Pero en aquel hombre quedaba todavía una rendija entreabierta: es quizá el único caso que cuentan los evangelios en que alguien de los enemigos de Jesús se acerca a él por curiosidad y no con agresividad que pretende «cogerle en alguna palabra» (Mt 22,15). Y ese resquicio va a convertirse en su salvación. Jesús se comporta ante él como un contemplativo en la relación.

**«Las flaquezas del prójimo**» Sin llegar ni mucho menos a esas cotas de maldad, en todas nuestras relaciones hay personas difíciles: gentes que sólo saben hablar de sí mismas y de sus batallitas o sus éxitos, criaturas con un mal genio rápido e insultante al que revisten de “decir sólo la verdad” (confundiendo la verdad con su propia adrenalina); o que, allí donde tienen algo de autoridad, tratan a los demás con prepotencia (confundiendo otra vez su dureza con su responsabilidad…). Éstos son los casos más difíciles para nuestro tema. Difícilmente podremos reaccionar contemplativamente ante ellos, si antes no hemos pensado en ellos ante el Señor. Y podemos pensar cosas de este tipo:

a) con seguridad, es mayor el mal que ellos soportan por ser así, que el daño que pueden hacerme a mí (y más cuanto menos cuenta se den de lo insoportables que son);

b) si el mismo mal me enferma a mí y no a otros, es señal de que mi propia salud espiritual no es del todo buena.

c) nosotros desconocemos la lucha secreta de muchos seres humanos consigo mismos y, si la conociéramos, ello nos volvería más comprensivos. En cualquier caso, son también personas de las que puede sacarse un monstruo o una pequeña obra de arte, aunque ésta no esté construida con mármol de Carrara sino con piedra barata.

**Los contactos cotidianos**

**Rom 15,7**: «Acogeos como Cristo os acogió» Los ejemplos anteriores tienen todos pinceladas intensas y extremas: blancas o negras. Sin embargo, la mayoría de nuestras relaciones se parece más a una paleta de pintor con una gama infinita de grises, los cuales constituyen nuestros contactos cotidianos, domésticos, pasajeros unas veces y más prolongados otras, pero no intensos ni primordiales por lo general. En mi opinión, quien mire a todo ser humano de acuerdo con el consejo paulino que intitula este apartado, procurará sinceramente estas dos cosas: aparecer ante cualquier persona como inspirando confianza, no como competidor o dominador. Y además, no atender ante todo a los defectos del otro (como modo de sentirme superior a él), ni a los puntos débiles (que me permitirían sacar provecho de él), sino más bien mirar al hermano como un montón de posibilidades, unas ya en juego, otras a medio activar, otras quizá casi inéditas, con las que Dios trabaja y quiere trabajar a través de mí. El esfuerzo por ser así contemplativos en la relación ayudaría a dos cosas:

a) evitar el “pecado original” que tendemos a introducir en todas nuestras relaciones: o mirar sólo los rasgos buenos del interlocutor, para acabar “enamorándonos” de un ser que no existe en la realidad, sino sólo en la ficción que nos hemos construido. O mirar sólo los defectos del otro para acabar negando “el pan y la sal” al que quizá no es más que un pobre infeliz como todos nosotros, con sus aspectos positivos que han quedado filtrados por nuestra mirada. Esta forma de “pecado original” esteriliza de entrada muchas de nuestras relaciones porque no hemos mirado al otro “con los ojos de Dios” sino con nuestra miopía no reconocida.

b) nos ayudaría además, no sólo a edificar la relación sobre la verdad, sino además a construir unas relaciones fluidas y suaves. La verdadera contemplación es aquélla que nos saca de nuestro ego.

Aplicando esto a las relaciones humanas cotidianas, nos llevaría a no hablar demasiado acaparando siempre la palabra y a que, cuando hablamos, no sea nuestro yo el tema de la conversación. Consciente o inconscientemente, el 90 % de las veces que los seres humanos hablan de sí mismos es para justificarse. Y esta necesidad de reconocimiento lleva con frecuencia a quitar la palabra a los demás, o a reivindicar protagonismos cuando sentimos que la otra parte ocupa un espacio “nuestro” («yo también he visto eso»; «yo también estuve allí»…: siempre el «yo también»). La relación humana cuaja mucho mejor cuando procuramos decir aquello que puede ser útil o agradable al otro, no aquello que me refuerza a mí… Pero aclaremos que lo dicho vale sólo, siempre y cuando se haga desde la espontaneidad, no desde un falso imperativo moral o legal, que nos volvería mudos o retraídos o artificiales. Y esa espontaneidad sólo se adquiere cambiando nuestros registros interiores. Nada de esto significa ingenuidad: Jesús decía bien claro que, además de sencillos como las palomas, hemos de ser sagaces como las serpientes. Este consejo multiplica su importancia en un sistema económico perverso, montado sobre el imperativo categórico del máximo beneficio, que lleva a afrontar al otro como alguien a quien engañar o explotar, y a querer vincular después nuestro beneficio económico con nuestra necesidad de afecto: lo cual es el peor camino para conseguirlo.